

Sobremesa dominical

Zaira Brito del Río
Estudiante de pregrado
zbrito@miucsh.cl

Recuerdo los almuerzos dominicales, cuando la sobremesa se alargaba hasta la hora de la once y yo me quedaba conversando mucho tiempo con mi papá, con la compañía de un café o de un tecito remojado. Mi papá me contaba cómo era él en sus años mozos, cómo se veían las calles de Santiago, cómo se veía mi pasaje y las locuras que hacía con sus amigos. Me contaba también con risa entre los dientes cómo hacían las filas con sus amigos para recoger el kilo de pan o de azúcar, que se repartía en camiones en los años setenta. Me contaba cómo corría por los pasajes de mi barrio arrancando del toque de queda, cómo tenían que llegar saltando de techo en techo a sus hogares o pedir asilo en casa ajena (que realmente no era ajena). También cómo a veces se tenía que hacer el azúcar moliendo dulces y coyac, cómo corrían atrás de los camiones que vendían cigarros o cómo algunos amigos fumaban las colillas que encontraban por ahí tiradas.

Con cada anécdota que me contaba, podía ver cómo la sonrisa de alegría por recordar se volvía más bien una sonrisa melancólica, casi triste y el tono de su voz perdía fuerza y ganas adquiriendo un tono nostálgico y somnoliento.

Siempre terminaba de contar sus anécdotas de manera rotunda y tajante, mientras arrugaba la servilleta de su mano con una cantidad importante de suspiros que evocaban memorias de tiempos pasados, y la confusión de no saber qué le pasó a ese cabro de diecisiete años en esa época, que le fue robada la inocencia de juventud y fue reemplazada por temor y muerte.

Yo sé que mi papá vio cosas que no debió ver, vivió cosas que no debió vivir, cosas inhumanas que la memoria no permite olvidar, pero que la mente y la voluntad prefiere sepultar y que, al momento de la conversación, los recuerdos insostenibles sean los jueces y determinantes de finalizar con la armonía y tranquilidad de la sobremesa dominical.